



Artículo: Situación y perspectivas de la historia económica en México

Autor(es): Florescano, Enrique

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 58

Año: 2000

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Florescano, Enrique. "Situación y perspectivas de la historia económica en México" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 58 (2000): p. 7-31. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3957>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

○ BALANCES HISTORIOGRÁFICOS

Situación y perspectivas de la historia económica en México*

Enrique Florescano

Coordinación Nacional de Proyectos Históricos, Conaculta

La historia económica, como disciplina sistemática, tiene un origen reciente y un desarrollo irregular en México. En cambio, el interés por los problemas económicos puede decirse que ha sido una constante en el país, especialmente dentro del sector público. Precisamente por la importancia que estos aspectos tuvieron para el Estado y la administración española primero, y para diversas agencias del gobierno mexicano en los siglos XIX y XX, México cuenta con un acervo riquísimo de documentos acerca de su evolución económica que contrasta notablemente con los escasos estudios que los investigadores han dedicado a estos aspectos. El objeto de este ensayo es mostrar cómo se inició en México el interés por el estudio de la historia económica, y señalar, por otro lado, algunas de las perspectivas de desarrollo de esta disciplina.

ORIGEN Y DESARROLLO DE LA HISTORIA ECONÓMICA EN MÉXICO

La colonia

Durante la época colonial hubo un gran interés por coleccionar la documentación relativa a los procesos económicos, debido al propósito que tenía la metrópoli de conocer los recursos humanos y naturales disponibles en el país. Esta preocupación se acentuó en la segunda mitad del siglo XVIII, época en que, con el fin de recaudar mayores impuestos, se perfeccionaron las técnicas para recoger la información económica.

Sin embargo, esta preocupación para coleccionar los documentos donde se expresaba el desarrollo económico de la colonia no fructificó en obras que analizaran o reseñaran ese proceso. Sólo algunos "ilustrados" de la segunda mitad del siglo XVIII, como José Antonio Alzate o los editores de la *Gazeta de México* y del *Diario de México*, reflejaron ocasionalmente en sus publicaciones cierto interés por algu-

* Este trabajo fue publicado en *La historia económica en América Latina. I. Situación y métodos*. XXXIX Congreso Internacional de Americanistas (Lima, Perú, agosto, 1970), *Comisión de Historia Económica del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales* (CLACSO), 2 t., México, Secretaría de Educación Pública, 1972 (SepSetentas, 37), t. I, p. 225-258. [Nota del editor.]

nas cuestiones económicas. También deben citarse dos casos excepcionales: el del obispo electo de Michoacán, Manuel Abad y Queipo, quien en sus escritos penetró más profundamente que ningún otro novohispano en los problemas económicos de su época;¹ y el del secretario del Consulado de Comerciantes de Veracruz, José María Quirós, quien en 1817 publicó una obra donde intentó establecer lo que ahora se denominaría un cómputo del ingreso nacional de Nueva España.²

Salvo estas excepciones, que se dan a fines de la colonia, puede decirse que los novohispanos escribieron mucho sobre aspectos religiosos, históricos, literarios y científicos, pero nada o muy poco acerca de problemas económicos. No era la época. Además, escribir o meditar sobre la economía del país equivalía en este tiempo a señalar el carácter colonial y dependiente de la Nueva España, como ocurrió precisamente con los escritos de Abad y Queipo, quien no por azar fue acusado de subversivo. En esta situación tenía que ser un extranjero, un hombre con formación y mentalidad diferentes, quien primero escribiera una historia económica de la Nueva España. Ese hombre se llamó Alejandro de Humboldt y su obra fue universalmente conocida bajo el título de *Ensayo político sobre el reino de Nueva España*. Antes de la publicación del *Ensayo* (1808-1811), Humboldt había elaborado durante su breve estancia en el país unas *Tablas geográficas políticas* que entregó manuscritas al virrey en enero de 1804. En ellas presentaba un compendio estadístico de la extensión del reino, de su población, agricultura, fábricas, comercio, minas, rentas y fuerza militar. En esta obra, y sobre todo en el *Ensayo*, Humboldt utilizó los materiales acumulados en el archivo de la Secretaría del Virreinato en los últimos veinte años, las relaciones estadísticas preparadas por los intendentes y funcionarios de provincia, los documentos económicos elaborados por el Consulado de Comerciantes y el Real Tribunal de Minería, las estadísticas vitales confeccionadas por la Iglesia, el censo de 1790 y una gran cantidad de datos e informes suministrados con generosidad por autoridades y hombres de ciencia novohispanos. El resultado fue esa gran obra, aún no superada en su conjunto, cuya estructura y tratamiento (I. Aspecto físico y extensión territorial; II. Demografía; III. Agricultura, minería, manufacturas y comercio; IV. Rentas, ingresos y gastos del reino) es todavía un modelo para los estudios macroeconómicos.

¹ Véase *Colección de los escritos más importantes que en diferentes épocas dirigió al gobierno don Manuel Abad y Queipo, obispo electo de Michoacán...*, México, Oficina de Mariano Ontiveros, 1813. Varios de estos estudios fueron publicados por José María Luis Mora, *Obras sueltas*, México, Porrúa, 1963.

² Véase su *Memoria de Estatuto. Idea de la riqueza que daban a la masa circulante en la Nueva España sus naturales producciones en los años de tranquilidad y su abatimiento en las presentes commociones*, Veracruz, 1817; y el estudio de Fernando Rosenzweig, "La economía novohispana al comenzar el siglo XIX", *Ciencias Políticas y Sociales*, año IX, julio-septiembre, 1963, p. 455-494.

Al iniciar el país su vida independiente todo parecía indicar que el ejemplo de Humboldt haría escuela entre los escritores mexicanos. En 1822, siguiendo la obra del sabio alemán y adoptando "pensamientos enteros" de ella, Tadeo Ortiz de Ayala publicó un *Resumen de la estadística del imperio mexicano*, en el que insistía en las inmensas posibilidades que se le abrían al país si se explotaban adecuadamente sus recursos, que en esa época se pensaban infinitos. En 1828, también bajo la influencia evidente de Humboldt, José María Luis Mora, el teórico del liberalismo y fundador de la primera cátedra de Economía Política en México, comenzó a preparar una extensa obra en cuatro tomos, de los cuales el primero debería contener una estadística económica, social y política de la república, y el segundo una estadística similar de cada una de las provincias. El tercero habría de albergar una narración de las conspiraciones y movimientos separatistas ocurridos en la colonia, y el cuarto, una historia de las revoluciones desde la independencia hasta 1835. La obra se publicó en París, en 1836, bajo el título de *México y sus revoluciones*, sin incluir el segundo tomo y sin considerar los acontecimientos del periodo 1815-1835. Sin embargo, a pesar de los evidentes deseos de Mora por incorporar los hechos económicos al rango que ya gozaban los políticos, su libro fue considerado esencialmente político, por el que hablaba un representante eminente del partido liberal.

Lo mismo ocurrió con las obras de otros actores destacados de la época trágica y convulsa que siguió a la independencia. Y es que la lucha que desde 1821 escindió al país descalificó todo intento de analizar su historia o sus problemas en términos económicos. Por lo que contendían los mexicanos de entonces era por edificar un Estado y una Nación, que los liberales imaginaban y querían de una manera, y los conservadores de otra, y por ello los aspectos políticos dominaron completamente los campos de batalla y la literatura histórica de la época.

Poco más tarde, la incapacidad de restablecer el orden político y la pérdida de más de la mitad del territorio nacional no hicieron más que confirmar en los mexicanos la idea de que lo que necesitaban era una solución institucional y política a sus problemas. De ahí que, a semejanza del libro de Mora, las principales obras que se escribieron en este tiempo llevaran títulos como éstos: *Ensayo histórico sobre las revoluciones de México*, *Cuadro histórico de la revolución*, o se concentraran en el análisis exclusivo de los acontecimientos políticos.

Naturalmente, hubo algunas excepciones. Entre las más notables están las obras de Mariano Otero: *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana* (1842); y *Consideraciones sobre la situación política y social de la República Mexicana en el año 1847* (1848). En ambas, pero sobre todo en el *Ensayo*, Otero analiza la historia de México acudiendo a conceptos económicos y sociales, con los cuales busca descifrar las "relaciones materiales de la sociedad", describir su composición y las interpelaciones de los diversos elementos que la integran. Sus análisis, y el método que aplica en ellos,

representan un primer intento de explicar la historia y los fenómenos políticos del país a través de conceptos sociales y económicos. Sin embargo, como ha dicho Jesús Reyes Heróles, editor de sus obras y redescubridor de sus proyecciones, el *Ensayo* fue "un libro (publicado) con mucha anticipación a la época en que podría ser comprendido".³ Por otra parte, tampoco se dejaron de publicar obras que hoy se incluirían sin reparo en la especialidad de historia económica, como lo prueba el excelente estudio y compilación de datos que hizo Miguel Lerdo de Tejada sobre *El comercio exterior de México* (1853). Pero estas obras, como algunas otras que podrían mencionarse, fueron excepciones notables que no hicieron escuela, y cuyas aportaciones en cuanto al enfoque y método pasaron inadvertidas para sus contemporáneos. El tema dominante y obsesivo en los escritos de la época siguió siendo el político, salvo en los periódicos, donde con frecuencia se publicaron debates sobre los principales problemas económicos que asediaban al país.

En la segunda mitad del siglo XIX, especialmente a partir de la restauración de la república (1867) y sobre todo durante el largo gobierno de Porfirio Díaz (1876-1910), el interés por los problemas económicos comenzó a destacarse como una preocupación importante entre los escritores de la época. En este tiempo se sistematizó la publicación de las estadísticas económicas oficiales, que se había iniciado de tiempo atrás (*Memorias de Hacienda*); se publicaron con regularidad boletines y anuarios estadísticos, y se creó, en 1883, la Dirección General de Estadística, organismo al que se le encargó el levantamiento y publicación de estadísticas permanentes y periódicas (las censales principalmente).⁴ Además, los particulares y la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística publicaron numerosas monografías estadísticas de los estados, que sirvieron de base a estudios más generales que trataron de sintetizar la estadística económica de la república entera. Como ejemplo de este tipo de síntesis pueden citarse las obras siguientes: José María Pérez Hernández, *Diccionario geográfico, estadístico, histórico, biográfico, de industria y comercio de la República Mexicana* (1874, 3 v.); Emiliano Busto, *Estadística de la República Mexicana* (1880, 3 v.); Antonio García Cubas, *Cuadro geográfico, estadístico, descriptivo e histórico de los Estados Unidos Mexicanos* (1884); y *Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos* (1889-1891, 5 v.); Alfonso Luis Velasco, *Geografía y estadística de la República Mexicana* (1889-1898, 20 v.); y Antonio Peñafiel, *Estadística general de la República Mexicana* (1892).

Entre las muchas obras publicadas en este tiempo por el sector público, una destaca sobre todas las demás: la *Memoria de Hacienda* que publicó en 1870 don

³ Mariano Otero, *Obras*, 2 v., recopilación, selección, comentarios y estudio preliminar de Jesús Reyes Heróles, México, Porrúa, 1967, t. I, p. 5.

⁴ Para más detalles sobre la Dirección General de Estadística y la colección de estadísticas véase "Resumen histórico de la estadística en México", *Estadística Nacional*, año III, n. 55, mayo 1927; Francisco Barrera Lavalle, "Apuntes para la historia de la estadística en México", *Estadística Nacional*, año III, n. 47, enero 1927; y Rodolfo Flores Talavera, "Historia de la estadística Nacional", *Memoria de la Cuarta Reunión de Estadística*, México, Dirección General de Estadística, 1958, p. 210-238.

Matías Romero. En esta obra notable don Matías hizo una reseña de las dificultades que enfrentaron los gobiernos anteriores para presentar anualmente la cuenta fiscal (cuenta del año anterior y presupuesto del próximo). Su reseña es una historia de las dificultades administrativas, políticas y técnicas que entorpecieron el desarrollo de la contabilidad fiscal. Pero el lugar distinguido que ocupa esta obra en la historia de la estadística mexicana se debe a su segunda parte, que traza en mil páginas claras y eruditas la historia cargada de infortunios de la hacienda pública del país, desde la época colonial hasta 1870. En esas mil páginas Romero indaga y explica los problemas hacendarios de cada año económico, analiza la composición de los ingresos y egresos, transcribe y comenta toda la legislación hacendaria que afectó a esos ramos, investiga el origen de los frecuentes déficit y hace la historia de los empréstitos que contrajeron los gobiernos para conjurar ese gran mal, considerado "como la gangrena que deberá acabar por carcomer y destruir la nacionalidad mexicana".⁵ Se trata, pues, de una obra ejemplar, sobria y monumental, donde además se insertan cientos de documentos y datos estadísticos sobre la hacienda pública. En la literatura histórica del siglo XIX, es una de las obras más importantes, y sin duda una pieza esencial de la historia económica de México.

Pero el interés que en esta época se observa por la estadística y los aspectos económicos no se redujo a las esferas oficiales ni se limitó a la pura acumulación y publicación de datos económicos. A semejanza de lo que se hizo en el campo de la estadística oficial, un particular, F. Navarro, publicó tres importantes memorias estadísticas entre 1889 y 1891.⁶ Otro hecho importante fue la aparición de obras que intentaron analizar y cuantificar el crecimiento económico de la época, o que, más ambiciosas, se propusieron historiar todo el desarrollo económico anterior a 1900. Entre las primeras hubo algunas cuyo propósito evidente al concentrarse en el periodo 1876-1910 fue exaltar y justificar con cifras la dictadura porfirista, como es el caso de las obras de Rafael Zayas Enríquez.⁷ También con el deseo de "concretar en algunas páginas el progreso material del país [alcanzado] en el periodo de paz que disfrutamos", el propietario del periódico *El Siglo XIX*, Luis Pombo, le encargó a Carlos Díaz Dufoo un estudio económico del lapso comprendido entre 1876 y 1892. Pero aunque Luis Pombo dedicó el libro a don Porfirio, Díaz Dufoo se concretó a hacer un estudio sobrio y documentado de los recursos naturales, colonización, ferrocarriles, hacienda, bancos, comercio y minería del país.⁸ Con todo, en este y en otros libros menos ecuanímes, las cifras

⁵ *Memoria de Hacienda y Crédito Público... presentada por el secretario de Hacienda al Congreso de la Unión el 16 de septiembre de 1870*, México, Imprenta del Gobierno, en Palacio, 1870, p. 60.

⁶ Véase F. Navarro y Cía., *Memoria estadística de los meses de enero a diciembre*, 2 v., México, Eduardo Dublán, 1889; *Primer directorio estadístico de la República Mexicana*, México, Dublán, 1890, y *Memoria estadística*, México, Imp. La Europea, 1891.

⁷ *Los Estados Unidos Mexicanos, sus condiciones naturales y sus elementos de prosperidad*, México, 1893; *Los Estados Unidos Mexicanos, sus progresos en veinte años de paz, 1877-1897*, Nueva York, 1899.

⁸ *México: 1876-1892*, México, Imprenta de El Siglo Diez y Nueve, 1893.

tenían el evidente propósito de destacar el “progreso material, social e intelectual” alcanzado en los años de “paz porfiriana”.

Precisamente bajo el marco de la “paz porfiriana” y en la época de mayor auge económico se produjo la obra de historia económica más importante y ambiciosa de ese periodo. Su título fue: *México: su evolución social*. En ella colaboraron, bajo la dirección de Justo Sierra, algunos intelectuales y científicos prominentes de la época, pues la obra fue concebida como “un inventario monumental” que habría de resumir, en una serie de “trabajos magistrales”, los “grandes progresos de la nación en el siglo XIX”.

El primer tomo, que se dividió en dos volúmenes, dio cabida al famosísimo ensayo de Justo Sierra *Evolución política del pueblo mexicano* y a otros estudios sobre el progreso social y cultural.

En el segundo tomo se publicaron seis ensayos dedicados a analizar los aspectos esenciales del desarrollo económico: Genaro Reygosa abordó la “evolución agrícola”; Gilberto Crespo, la minería; Carlos Díaz Dufoo, la industria, y Pablo Macedo, el autor más prolífico, el comercio, las comunicaciones y obras públicas, y la hacienda pública. Es decir, sólo faltó un estudio dedicado a la población.

Por otro lado una de las características que distinguen a esta obra es su decidido enfoque histórico. *México: su evolución social*, como lo indica su título, fue concebida como una obra destinada a trazar el proceso social y económico que había recorrido el país desde sus más remotos orígenes hasta el presente porfiriano. Al analizar ese pasado secular los autores concluyeron que en ese decurso, y especialmente en los últimos años, se observaba “un movimiento creciente que resultaba del impulso interior conjugado con otros externos; ese movimiento —concluían— es la evolución social mexicana”.⁹

En otras palabras, la interpretación histórica que está en la base de esta obra corresponde a una reflexión optimista y esperanzada. Es la interpretación de una generación de intelectuales en el poder, que, alejados de los años turbulentos que produjeron las visiones trágicas y negativas de los escritores anteriores, ven su presente como la etapa que terminó con la anarquía, y el futuro como el periodo en que la nación mexicana habría de consolidar su unidad y afirmar su desarrollo económico y social. Esta visión optimista se expresa en toda la obra en el lenguaje organicista y evolucionista que los intelectuales positivistas tomaron de Spencer y Comte.

También debe decirse que la mayoría de los ensayos que componen esta obra se fundaron en la información económica más sólida y accesible de su tiempo, de manera que todavía hoy su consulta es imprescindible para el interesado en la historia económica. Por otro lado, todos los ensayos se acompañaron de tablas y gráficas que muestran la evolución de las actividades económicas, una innovación que no se generalizó sino hasta muchos años más tarde, y sólo en las obras

⁹ *México, su evolución social*, t. II, p. 415-416.

económicas, no en las históricas. En suma, *México: su evolución social* es la obra de historia económica más importante de su época, y también un exponente del conocimiento técnico y científico alcanzado por los profesionistas de ese tiempo.

Por otro lado, además de esta gran obra, se publicaron numerosos estudios sobre aspectos económicos de gran actualidad en la época. La mayoría, aunque a veces han sido utilizados por los investigadores contemporáneos como fuentes y obras de consulta, no han recibido la atención que merecen como obras representativas del pensamiento económico de su tiempo. Entre estas obras pueden citarse, sólo como ejemplo, los estudios que produjo la cuestión de la deuda pública, un tema que desde la segunda década del siglo XIX fue intensamente discutido en los periódicos, en las *Memorias de Hacienda*, en los informes presidenciales y en libros importantes, como los de Manuel Payno, *La deuda interior de México* (1865) y *México y sus cuestiones financieras con la Inglaterra, la España y la Francia...* (1868); o Juan Castillo, *Colección de Leyes... referentes al crédito público...* (1903), etcétera.

Otro tema objeto de gran debate durante el siglo XIX fue el del proteccionismo y libre cambio, que se concentró alrededor de las fábricas y manufacturas de textiles de algodón y lana. Junto a este tema central debe colocarse la serie de folletos, estudios e iniciativas que a lo largo del XIX se produjeron en favor del desarrollo industrial. Estevan de Antuñano y Lucas Alamán son las figuras más representativas y conocidas de este movimiento en la primera mitad del siglo. Pero hay una serie de panfletistas que abogan por la industrialización, y un grupo importante de empresarios (los Escandón por ejemplo), cuyas ideas y actividades quedaron recogidas en la literatura de la época, o en la vida misma del país. Estas ideas y estos hombres de empresa todavía aguardan al historiador que se ocupe de ellos.

En la segunda mitad del XIX, y especialmente durante el porfiriato, se sigue discutiendo en la prensa y en los informes y memorias oficiales el problema del libre cambio o proteccionismo, pero en un tono menor. El fomento de la industria dejó de ser motivo de controversias en la prensa para convertirse en una política consciente y continuada del gobierno. Para éste, como para los negociantes, empresarios, industriales y escritores de la época, los problemas económicos más importantes eran entonces los internacionales, los derivados de la situación que ligaba al país con la economía mundial. Entre éstos destaca el problema de la depreciación de la plata, como lo muestran los importantes estudios de Matías Romero, *The Silver Standard in Mexico* (1898), y de Jaime Gurza, *Apuntes sobre la cuestión de la plata en México* (1902). El estudio de Romero, sobre todo, contiene observaciones y análisis de gran interés, que explican la postura que adoptó el gobierno mexicano ante este problema. Los estudios que por este tiempo aparecen sobre la situación de las minas y las inversiones extranjeras también revelan la liga del país con la economía mundial.

Sin embargo, en esta época, como más tarde, se escribe poco sobre los aspectos de la estructura interna del país. Sólo en las memorias de las secretarías, y en algunos informes de gobierno y panfletos escritos en forma anónima, se encuen-

tran análisis de la situación agrícola, o más frecuentemente, de los problemas que entorpecen el desarrollo de ésta. El comercio, la industria y la minería atraen, como ya se dijo, la atención de los escritores, pero sobre todo en aquellos aspectos que ligan a estas actividades con el comercio y la economía mundiales. En cambio, en la literatura socialista y anarcosindicalista que comienza a publicarse (folletos, panfletos, proclamas y periódicos) desde 1850 en adelante, sí aparecen críticas y análisis sobre la situación interna de la industria y la agricultura. Con todo, como lo ha mostrado el libro reciente de Gastón García Cantú,¹⁰ esta literatura se ocupa principalmente de la situación económica y social que padecen los artesanos, los trabajadores fabriles en menor medida, y los campesinos sobre todo.

A fines del porfiriato esta literatura de crítica social está presente aun en autores que, como Francisco Bulnes, nada tienen que ver con el anarquismo o el socialismo. Precisamente fue un libro que cargó el acento en las contradicciones y problemas sociales que había engendrado el desarrollo económico de los últimos treinta años, el que anunció el estallido de la lucha social que comenzó en 1910.¹¹

1910-1930

Naturalmente, los años de lucha armada reclamaron la atención de los escritores hacia temas distintos al análisis de los problemas económicos. En efecto, entre 1910 y 1921 los aspectos más usualmente considerados en los libros fueron los políticos y sociales; los económicos, aunque no dejaron de citarse, fueron tratados en forma subordinada a aquéllos, que eran problemas mayores y casi compulsivos en la época. Sin embargo, hubo algunos autores que entre el torrente de planes, proclamas, folletos y libros dedicados a la cuestión política y social, orientaron su atención hacia los aspectos económicos. Carlos Díaz Dufoo es un ejemplo de autor que, entre 1916 y 1921, no dejó de publicar interesantes artículos sobre problemas económicos, los cuales recogió más tarde en forma de libro (*La vida económica, hechos y doctrinas: 1916-1934*, México, 1935). Fernando González Roa fue otro escritor que con frecuencia se vio atraído por uno de los grandes problemas de ese tiempo: el problema rural; lo interesante es que al abordarlo consideró también los aspectos económicos y produjo páginas esenciales sobre este tema. (Véase el trabajo que publicó junto con José Covarrubias, *El problema rural de México*, 1917; y *El aspecto agrario de la revolución mexicana*, reeditado en 1953.)

Conviene destacar que aun entre los historiadores que podríamos llamar profesionales tampoco se perdió de vista el aspecto económico. Un ejemplo es el caso de Ricardo García Granados, quien al lado de otros temas siempre le dedicó atención especial a estos problemas, como puede verse en su *Historia de México*

¹⁰ *El socialismo en México en el siglo XIX*, México, Era, 1969.

¹¹ Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales*, México, A. Carranza e Hijos, 1909.

desde 1867 hasta la caída de Porfirio Díaz (México, i-1928, 4 v.). Con todo, puede decirse que el interés decidido por la historia y los problemas económicos no se presentó hasta la década de 1930.

Los años de 1930 señalan en efecto un renacimiento del interés por los aspectos económicos y un empeño cada vez más acentuado por estudiar la historia del país en términos económicos. Varios hechos contribuyeron en estos años a crear un ambiente favorable al desarrollo de los estudios históricos y económicos. Por una parte, el país entró en una etapa de reorganización y estabilidad que favoreció la manifestación de varias corrientes históricas y no sólo de la historia política. Al amparo de la estabilidad, los intelectuales y escritores de la época comenzaron a diseñar instituciones donde desarrollar y difundir sus actividades. Por otro lado, los reclamos sociales que el país hacía a sus intelectuales fueron menos compulsivos que en los años anteriores, y esto permitió no sólo que éstos dedicaran más tiempo a sus propias actividades, sino que las pudieran desarrollar con mayor independencia. Así, frente al dominio arrollador en los años anteriores de la historia política, en este periodo surgen intentos serios y muy definidos por estudiar los procesos sociales e institucionales de la historia mexicana; aparecen ensayos innovadores sobre la historia cultural y espiritual; y al cambiar los temas y objetos de investigación se recurre también a nuevas fuentes y técnicas.¹²

En más de un sentido puede decirse que este cambio y reorientación de las tareas históricas fue más claro en el campo de la historia económica y de la historia social. En estos sectores, además del interés de una nueva generación de historiadores por tratar de comprender la historia como algo más rico y complejo que la mera sucesión de acontecimientos políticos, influyeron otros aspectos que impulsaron su desarrollo. El proceso ideológico y real de la revolución, por ejemplo, le otorgó un papel especial a los hechos sociales y económicos a partir de 1920. Por otra parte, la crisis económica de 1929-1930 y la consolidación del Estado socialista en Rusia incrementaron el interés interno por las cuestiones económicas y sociales. Finalmente, el ascenso al poder de Lázaro Cárdenas y la implantación de su línea política izquierdista acabaron por situar los problemas sociales y económicos en un lugar preferente en la atención de los investigadores. La conjugación de estas diferentes tendencias está detrás de la gran atención que recibieron en estos años los problemas sociales conectados con el indígena, y el desarrollo de una escuela mexicana de antropología social encabezada por Manuel Gamio, Moisés Sáenz, Miguel Othón de Mendizábal y otros.

Así, al mismo tiempo que se empezó a considerar el indigenismo y los problemas étnicos, sociales y agrarios, se otorgó nueva atención a la historia económica. En 1933 el profesor Luis Chávez Orozco inició la publicación de la primera de sus importantes colecciones de *Documentos para la historia económica de México* (Secretaría de la Economía Nacional, 1933-1939, 12 v.). Esta colección, como

¹² Para mayores detalles véase Enrique Florescano, "Las investigaciones históricas en México", *Cahiers des Amériques Latines*, n. 1, 1968, p. 190-207.

otras igualmente importantes que publicó posteriormente, se concentró en los aspectos económicos y agrarios de la época colonial y de la primera mitad del siglo XIX. En todas ellas puede observarse, por el número y la variedad temática de los documentos publicados, el deseo del editor de llamar la atención de los investigadores hacia estas fuentes y temas olvidados por la historiografía mexicana. Cinco años más tarde el mismo Chávez Orozco publicó una *Historia económica y social de México* (1938) que, junto a la que dio a conocer por esos años Miguel Othón de Mendizábal en forma de conferencias, parece ser [una de] las primeras que ostentan ese título en México. Siguiendo esa corriente, en 1935 Alfonso Teja Zabre publicó una *Historia de México*, cuyo subtítulo, "una moderna interpretación", sugería la aplicación de los métodos marxistas y un programa de historia económica.

La *Historia económica y social* de Chávez Orozco no es propiamente una historia, sino una colección de ensayos que tratan diversos temas: "servidumbre y peonaje", problemas agrarios, la relación entre los obreros, los gremios y las primeras fábricas, etcétera. Tanto esta obra como las numerosas publicaciones de documentos que editó son importantes porque llamaron la atención sobre una veta muy poco explorada y fue la base en que se inspiraron autores posteriores que escribieron obras semejantes.¹³

Las conferencias que Miguel Othón de Mendizábal agrupó bajo el título de *Historia económica y social de México* se publicaron más tarde en sus *Obras completas* (1946-1947, 6 v., tomo VI, p. 7-138) y cubren el periodo que va desde los tiempos prehispánicos hasta la expulsión de los jesuitas en 1767. Tienen también el carácter de ensayo y manifiestan preferencia por la organización social y económica de los indígenas. Mendizábal, como Chávez Orozco, exhibe en el tratamiento de sus temas la influencia de las ideas marxistas, pero a este enfoque agregó el del antropólogo. De ahí su interés por los problemas económicos de la comunidad y de los grupos indígenas, por los procesos de aculturación y cambio motivados por el contacto entre la economía indígena y la española. Esta combinación de antropólogo e investigador interesado en los procesos económicos explica también su interés por temas tales como "La influencia de la sal en la distribución geográfica de los pueblos", "Las artes textiles indígenas y la industria textil mexicana", "La minería y metalurgia mexicanas (1520-1943)", así como su predilección por estudiar los procesos de desarrollo regional: "Evolución económica y social del Valle del Mezquital", "La evolución del noroeste de México",¹⁴ etcétera. Estas características de la formación de Mendizábal explican finalmente por qué su *Historia*, más que una historia económica, sea una historia social apoyada en datos y enfoques económicos. En efecto, de los siete capítulos en que divide su historia, Mendizábal consagra los dos primeros al estudio del origen, la

¹³ Bastaría citar las obras de Agustín Cue Cánovas, *Historia social y económica de México (1810-1854)*, México, América, 1947; *La industria en México (1521-1845)*; o los estudios de Diego López Rosado, *Ensayos sobre historia económica de México*, México, UNAM, 1957.

¹⁴ Todos estos ensayos se encuentran publicados en sus *Obras completas*, ya citadas.

cultura y la organización social, económica y política de los pueblos prehispánicos; uno al proceso de conquista del México central; y los cuatro restantes al proceso de conquista y colonización del occidente y del norte de México. En cada uno de esos capítulos, junto al enfoque histórico-antropológico, Mendizábal destaca los aspectos económicos particulares de los grupos indígenas, y se esfuerza por esclarecer sus características y antagonismos con la economía española. De ahí que, aun cuando Mendizábal no pueda llamarse, como Luis Chávez Orozco, historiador económico, se mantenga firmemente como historiador agudo y moderno de los problemas de historia económica y social de las épocas prehispánica y colonial. Los numerosos estudios publicados en sus *Obras* marcaron nuevos rumbos a la investigación histórica y mostraron la conveniencia de aplicar el análisis interdisciplinario a la historia mexicana.

Las obras de Luis Chávez Orozco, Mendizábal y Teja Zabre, así como las de otros historiadores y antropólogos que publicaron en este tiempo, deben considerarse como el primer y más importante esfuerzo posrevolucionario por situar los problemas del proceso económico en el contexto general de la historia mexicana. A estos historiadores que reflejan en sus obras las corrientes indigenistas y nacionalistas de la revolución de 1910, y que por otro lado se "propusieron explicar el pasado de México por los conceptos de lucha de clases y los modos cambiantes de producción", se debe, como dice Robert. A. Potash, "el primer intento de dar a los temas sociales y económicos la importancia que antes estaba reservada a los políticos".¹⁵

Sin embargo, las perspectivas que señalaron estos pioneros, aunque en ocasiones fueron recogidas por algunos historiadores, no produjeron una corriente generalizada en favor de la historia económica ni investigaciones importantes a corto plazo. Si en ese tiempo el clima social y político parecía alentar estos estudios, y había el interés entre algunos historiadores por desarrollarlos, faltaban en cambio las bases institucionales para encauzar sistemáticamente la investigación histórica. Éstas no aparecieron sino hasta después de 1940, época en que se crean y consolidan las instituciones dedicadas a investigar, enseñar y difundir la historia.

De 1940 a nuestros días: la época de las instituciones

De 1940 en adelante, o sea en los mismos años en que la revolución entra en su etapa institucional, la investigación y la producción históricas se desarrollan bajo el marco de las instituciones que se crean y consolidan en esta época: 1939: Instituto Nacional de Antropología e Historia; 1940: Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México; 1945: Instituto de Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México, etcétera. Bajo este marco institucional, la histo-

¹⁵ Robert A. Potash, "Historiografía del México independiente", *Historia Mexicana*, v. x, enero-marzo de 1961, p. 361-412.

ria económica, sin ocupar todavía un lugar de preferencia, se define como una preocupación importante entre los historiadores mexicanos. A partir del año 1940 la producción de historia económica registra el mayor aumento cuantitativo y además se diversifica.

Entre 1940 y 1970, en efecto, se produce más historia económica que en ninguna otra época. Y sobre todo, el interés de los historiadores se reparte, aunque no proporcionalmente, entre todos los periodos de la historia mexicana.

Así, como puede observarse en la bibliografía [cf. t. II],* los tributos, el comercio y la agricultura fueron temas que, desde 1947, atraieron el interés de los historiadores de la época prehispánica. No sólo eso: Friedrich Katz produjo una historia económica y social de los pueblos del centro de México. Por otra parte, la época colonial, que tradicionalmente ha acaparado la atención de notables historiadores, fue explorada en casi todos sus aspectos económicos. Diversos sectores de la estructura agraria, la industria, los obrajes, el trabajo, la minería, el comercio y las ferias fueron objeto de abundantes y valiosos estudios que aportaron conocimientos nuevos. Pero quizá la aportación más importante de estos estudios (y en buena medida de los estudios hechos por extranjeros) fue haber mostrado que la estructura económica de la sociedad colonial era algo más compleja como para merecer el cómodo adjetivo de feudal que la mayoría de los investigadores anteriores le adjudicaban.

Sin embargo, la sorpresa mayor que aportaron los estudios de historia económica fue el descubrimiento del siglo XIX. Hasta 1950, y especialmente en los años que siguieron al fin de la lucha armada, el siglo XIX fue una época casi prohibida para los historiadores; sobre todo el porfiriato, que como consecuencia del triunfo de la revolución y de sus prolongaciones ideológicas, pasó a formar parte de las épocas negras de la historia oficial. De ahí la sorpresa que produjo la aparición de un bien documentado libro de Espinosa de los Reyes sobre las relaciones económicas entre México y Estados Unidos, y los estudios sucesivos de Quintana sobre el industrial Estevan de Antuñano, y de Rosenzweig, Bazant, Sierra, López Cámara y otros sobre las principales actividades económicas del periodo 1850-1910. Con todo, el acontecimiento mayor fue la publicación de los tres tomos de la *Historia moderna de México* (dirigida por Daniel Cosío Villegas), sobre la vida económica del periodo de la república restaurada y del porfiriato. En tres gruesos volúmenes, un grupo de investigadores (Francisco R. Calderón, Fernando Rosenzweig, Luis Cossío, Luis Nicolau d'Olwer, Guadalupe Nava, Gloria Peralta y Ermilo Coello) trazó la primera historia completa, después del gran esfuerzo hecho por los autores de *México: su evolución social*, de la agricultura, ganadería, minería, industria, ferrocarriles, comercio exterior e interior, moneda, bancos, hacienda pública e inversiones extranjeras. Cada uno de estos estudios, así como el

* Se refiere a *La historia económica en América Latina. II. Desarrollo, perspectivas y bibliografía*. XXXIX Congreso Internacional de Americanistas (Lima, Perú, agosto, 1970) / Comisión de Historia Económica del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), México, Secretaría de Educación Pública, 1972 (SepSetentas, 47), t. II, p. 225-258. [Nota del editor.]

conjunto de la obra, se apoyó en un vastísimo material estadístico y documental, extraído de numerosas fuentes, muchas de las cuales fueron puestas por primera vez al servicio de la investigación histórica. Obra de rescate y de sistematización, los tres tomos sobre la vida económica de la *Historia moderna de México* vienen a ser uno de los raros experimentos contemporáneos de trabajo interdisciplinario y el intento más serio hecho hasta la fecha por otorgarle a la historia económica la importancia que merece dentro de la investigación histórica.

Como resultado subsidiario, el equipo de investigadores que trabajó en los aspectos económicos de la *Historia moderna de México* produjo un trabajo de gran importancia: la colección, ordenamiento y publicación de las estadísticas sociales y económicas del porfiriato.¹⁶

Por lo que toca a la historia económica del México posrevolucionario y contemporáneo, puede decirse que con excepción de algunos trabajos de economistas y agrónomos, hasta 1960 no se había hecho prácticamente nada importante sobre este periodo. Sin embargo, a partir de esa fecha algunos marxistas preocupados por caracterizar las etapas históricas del desarrollo comenzaron a retroceder en el pasado en busca de una explicación histórica de la situación económica contemporánea. Los estudios de André Gunder Frank, Enrique Semo y, más recientemente, de Alonso Aguilar, Fernando Carmona, José Luis Ceceña y Manuel López Gallo son un ejemplo de esta tendencia.

También es significativo que los economistas, quienes se habían concentrado en el estudio del desarrollo económico de 1940 en adelante, se preocupen hoy por examinar las raíces históricas de ese desarrollo, como lo prueba la obra reciente de Leopoldo Solís: *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas* (México, Siglo XXI Editores, 1970).

En este sentido, es alentador señalar que al interés creciente de economistas, sociólogos e historiadores mexicanos por abordar la historia reciente del país, se ha unido en los últimos años el interés de economistas e historiadores extranjeros, quienes han intentado explicar el desarrollo económico latinoamericano en su conjunto. Como un ejemplo de esta tendencia pueden citarse las obras de William P. Glade, *The Latin American economics* (Nueva York, 1969); Celso Furtado, *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana* (México, Siglo XXI Editores, 1970); Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo* (México, Siglo XXI Editores, 1970); Stanley y Barbara Stein, *La herencia colonial de América Latina* (México, Siglo XXI Editores, 1970).

Estas obras, además de su importancia intrínseca como primeros estudios de conjunto del desarrollo económico latinoamericano, tienen el atractivo de mostrar nuevos enfoques y planteamientos, de aproximar el análisis económico al análisis histórico, y de intentar, como en el caso de las obras de Furtado y de

¹⁶ Véase *Estadísticas sociales del porfiriato, 1867-1910*, México, Secretaría de Economía, 1956; *Fuerza de trabajo y actividad económica por sectores*, México, El Colegio de México; *Comercio exterior de México, 1877-1911*, México, El Colegio de México, 1960.

Sunkel-Paz una teoría económica de ciertas etapas del proceso económico latinoamericano. Esta confluencia de economistas e historiadores, de teoría y análisis de procesos históricos concretos, es quizá una de las líneas más prometedoras que ha desarrollado el estudio de la historia económica latinoamericana.

PERSPECTIVAS DE LA HISTORIA ECONÓMICA DE MÉXICO

La bibliografía que acompaña a esta ponencia,¹⁷ aunque bastante incompleta, revela el enorme interés que en los últimos años han despertado estos temas. Lo comparten historiadores nacionales y extranjeros, pero puede decirse que las aportaciones de estos últimos, además de introducir novedades temáticas y metodológicas, mantienen un promedio de calidad más uniforme y son más numerosas en todas las épocas. Naturalmente, el predominio de la producción extranjera se debe a las aportaciones de los historiadores norteamericanos, aunque también son importantes los estudios de españoles, franceses, alemanes, sudamericanos e ingleses. Por último, el desequilibrio mayor se localiza en las preferencias que manifiestan los investigadores por determinadas épocas. El periodo colonial se lleva la parte del león, tanto en cantidad como en calidad. Le sigue la época prehispánica y en último lugar queda el periodo independiente, pues en proporción a la gran riqueza de sus fuentes y las múltiples oportunidades que ofrece "para hacer un nombre en la historia" continúa siendo "un siglo olvidado".

No cabe hacer aquí el análisis detenido de esa inmensa producción. Pero sí es necesario, para los fines de esta ponencia, destacar algunas características generales de ella que tienen relación con el desarrollo y perspectivas de la historia económica de México.

Con las inevitables, valiosas excepciones que confirman la regla, la mayoría de esos estudios exaltan al extremo las virtudes del trabajo monográfico. Elegido el tema, se va a los archivos a buscar exclusivamente lo que a él concierne, y, si algo surge en la investigación que amenace con rebasar los límites previamente fijados, se le extirpa sin contemplaciones. Al menos ésa es la impresión que deja la lectura de esos estudios laboriosos donde no hay relación con los temas vecinos y menos con los aspectos generales de la historia. Resultado: la mayoría de esas contribuciones requieren un esfuerzo posterior que las integre al todo de que son parte y permita entonces comprender su significado. Se confunde así la necesidad metodológica de aislar un fenómeno para estudiarlo mejor, con una manera de entender la historia, con la mala costumbre de dividirla en estancos y parcelitas sin conexión entre sí. De esa práctica se derivan dos males que afectan tanto a la historia económica como a la historia sin adjetivos: al mismo tiempo que se anula

¹⁷ Véase la bibliografía anexa [cf. tomo II]. Actualmente preparo, con la ayuda del Social Science Research Council, una bibliografía del siglo XIX destinada a recoger fuentes estadísticas y documentos cuantitativos. Pienso reunir este material bibliográfico en un solo libro que sirva a todos los interesados en la historia económica de México.

la posibilidad de que el análisis económico enriquezca el análisis histórico, se frustra también el intento de crear contactos fecundos con los métodos y problemas de otras especialidades.

Nadie puede negar que esta tendencia al monografismo cerrado y erudito sirvió en un momento para frenar la "historia impresionista" que se venía haciendo con un mínimo de datos y un máximo de "imaginación". Pero hoy, sin duda para confirmar nuestra vocación a los extremos, estamos exactamente en el lado opuesto. Mientras se publican cientos de pequeños estudios valiosos o sin horizonte, carecemos de síntesis, de obras de imaginación que restituyan el todo e interpreten esa producción cada vez más ingobernable. Y para la historia económica, disciplina todavía sin arraigo en nuestro medio, esta situación no es nada favorable. ¿Cómo se puede pedir a los investigadores de otras áreas que fortalezcan sus interpretaciones con los datos de la realidad económica si no podemos ofrecerles ni siquiera un esquema de los principales procesos económicos que les sirva de apoyo? Teóricamente hasta el investigador más reacio a desprenderse de sus hábitos mentales podría aceptar, por ejemplo, que no se puede hacer historia social sin acudir a los hechos económicos que expliquen el origen de las diferencias y antagonismos sociales. Y lo mismo se podría decir acerca de la necesidad teórica de integrar el análisis económico al estudio de la historia política. Pero entre la teoría y la práctica, además del grueso colchón de tradiciones que dificulta el intercambio efectivo, hay un vacío: no existe ni una historia económica general, ni historias particulares sobre procesos capitales de la historia económica (geografía económica, historia demográfica, historia agraria, desarrollo industrial, comercio interior y exterior, política económica, clases sociales, poder económico e influencia política, etcétera). Y no veo ninguna posibilidad de que pueda establecerse un comercio activo entre historia económica y las demás especialidades mientras persistan estas grandes lagunas. Creo que todo proceso de intercambio opera sobre la base real de préstamos, enriquecimientos e influencias mutuas. Y mientras no exista esa base, *mientras la historia económica no se constituya como algo indispensable y necesario dentro de la práctica de las otras especialidades*, no habrá posibilidad de intercambio ni de transformación recíprocos.

En otras palabras, el asunto de integrar los métodos, las ideas, los problemas y resultados de la historia económica a la práctica corriente de nuestra historiografía es en primer lugar un problema nuestro, como lo es también para los demás investigadores de especialidades nuevas que aspiran al mismo fin. Pero no se trabaja en favor de esa investigación siguiendo los hábitos de la historiografía tradicional. No es por el camino de la monografía encerrada en sí misma como podremos hacer de la historia económica una disciplina viva, en estrecha comunión con los problemas de la historia. Y por otro lado, hay problemas todavía más prácticos y serios que nos indican que debemos intentar otro camino: carecemos del tiempo, del material humano y de los recursos económicos para esperar a que por un proceso acumulativo que duraría largos años se llenen esas lagunas y comience entonces el proceso de integración.

Creo que todos los caminos para llegar a esa deseada integración quedarán abiertos si partimos de la idea de que la historia económica no es una parcela, ni un género ni un agregado de la historia, sino una parte consustancial del desarrollo histórico, en relación viva y permanente con los otros procesos que lo determinan. Los historiadores, aun los más especializados, no pueden dejar de pensar que su tarea comienza y acaba en ese punto central donde converge todo lo que es historia: el hombre. Un universo que no admite la especialización más que como un paso metodológico para acceder a una comprensión más amplia y profunda de él. Y en el caso que nos concierne, la historia económica, ésta ha probado, en los países donde es vanguardia, que puede penetrar profundamente en una de las partes de ese universo sin olvidar el todo. Creo que si esta idea se incorpora a nuestros estudios de historia económica, a la investigación más especializada y erudita o al intento de síntesis e interpretación más general, podremos llegar a esa integración portadora de cambio en un tiempo mínimo y aprovechando al máximo los recursos disponibles.

Las líneas que siguen pretenden mostrar, a través de ejemplos concretos, algunas de las muchas posibilidades que tiene la historia económica de llegar a esa meta utilizando los más variados caminos: desde la síntesis hasta el estudio monográfico.

*El análisis general: las síntesis como interpretación de lo hecho
y apertura de nuevos horizontes*

La síntesis, el análisis general y todo esfuerzo con pretensiones totalizadoras son vistos a menudo como la última etapa de un camino previamente pavimentado por numerosas monografías. Tal vez esto sea cierto para quienes conciben la síntesis como mera ordenación de conocimientos dispersos. No lo es para quienes ven en ella la oportunidad de reflexionar sobre lo que es esencial en el desarrollo histórico. En esta última categoría se inscriben las síntesis creativas, aquellas que aparecen no al final de un proceso historiográfico, sino cuando las ideas tienen que señalarle metas a la investigación. Recuerdo dos tipos ejemplares de esta clase de síntesis. Una es la obra de Marc Bloch: *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*; la otra es el libro del historiador belga Henri Pirenne: *Historia económica y social de la Edad Media*. Las dos fueron producto, más que de otra cosa, de la reflexión inteligente, puesto que en el caso de la obra de Bloch casi no había nada detrás, y en el de Pirenne quizá se había hecho demasiado. Ambas propusieron nuevos enfoques, plantearon otros problemas, señalaron nuevas perspectivas y finalmente fueron superadas. Ambas siguen siendo obras clásicas. De obras de esta especie requiere nuestra historiografía, tanto para otorgarle un sentido al conjunto de lo hecho, como para despejar el horizonte y mostrar otras perspectivas. En historia económica, campo virgen, el análisis general puede practicarse provechosamente en todas las escalas.

Síntesis de épocas: Entre los análisis de tipo general el más difícil quizá es el que intenta abrazar toda una época, el que penetra en todos los hechos para seleccionar y explicar sólo aquellos que fueron esenciales en el periodo. Dos épocas de nuestra historia, la prehispánica y la colonial, parecen dignas de un examen semejante. Las dos cuentan con suficientes estudios de carácter económico. Las dos han sido estudiadas con rigor en casi todos sus aspectos. Nadie ha intentado analizar su historia a través del cristal de lo económico.

Examinar la época prehispánica a través del maíz y la agricultura no sólo es apasionante, es fundamental. Es estudiar también el origen de la estructura familiar y social de esos pueblos; es un camino necesario para comprender tipos de poblamiento y de organización política; es la vía natural para penetrar profundamente en la cultura, la religión, los mitos y la visión del mundo del hombre prehispánico; en una palabra, el maíz está presente en todas las manifestaciones de esas culturas.¹⁸

Los libros sagrados de esos pueblos cuentan que el primer hombre fue hecho de maíz. Sus descendientes, todavía numerosos, no han podido romper ese hechizo original y, junto con el cultivo del cereal sagrado, han prolongado hasta estos días estructuras económicas, sociales y mentales de origen milenario. He ahí otra investigación, complementaria de la anterior, que aclararía mucho del pasado y del presente. ¿Qué sobrevivió de la cultura indígena, mediante qué adaptaciones y cómo y por qué fue aceptado en la economía y la vida de los vencedores? Es la historia presentida pero no escrita de nuestras comunidades indígenas a través de pruebas de fuego sucesivas: colonia, independencia, reforma, porfiriato, revolución... hasta los "hijos de Sánchez". Un tema apasionante que ofrece la ventaja para el historiador de entrar en contacto con antropólogos, sociólogos y economistas, y desde luego con los restos vivos y muertos del mundo indígena.

La época colonial es una época más compleja: conviven en ella dos economías, y una de ellas está ligada a una metrópoli en crisis permanente que participa de la economía mundial. Puede decirse que casi todos los aspectos de la economía colonial, incluidas sus relaciones con el exterior, han sido tocados por la investigación reciente. Sin embargo, todavía no se llega a definir con claridad de qué economía se trata, ni cuáles son sus principales características. Comparando la economía de los centros de población blanca e indígena, algunos han hablado de "economía dual" y de "colonialismo interno". Otros, al examinar la minería y la industria textil, han dicho que se trata de capitalismo. Quien ha estudiado la agricultura señala que estamos ante una economía "eminentemente agrícola" y sugiere que los principales fenómenos económicos de la época tienen ese carácter. ¿Y qué decir acerca de aspectos menos estudiados pero tan conocidos como

¹⁸ Para una bibliografía muy amplia sobre el maíz en esta época, véase Enrique Florescano y Alejandra Moreno Toscano: *Bibliografía del maíz en México*, Jalapa, Universidad Veracruzana, 1966. [Véase también: Florescano, *Estructuras y problemas agrarios de México (1500-1821)*, México, Sep/Setentas, 1971. Nota del editor.]

las diferentes economías que coexisten en una misma región, la pequeñez de los mercados, los problemas de transporte, la escasez de circulante o la tendencia a la inversión suntuaria de los ricos de la época? Todo ello habla en favor de un análisis que pondere esos elementos y les asigne su jerarquía e influencia en el desarrollo de la sociedad colonial.

Por otra parte, también esta época pide un análisis semejante al señalado para el periodo prehispánico: un enfoque montado entre dos épocas que distinga las esencias que el periodo colonial hereda al independiente.¹⁹ Se verá entonces, como ya lo han mostrado algunos historiadores, que la división política que separa esas épocas es arbitraria, que muchas de las principales estructuras coloniales se prolongan sin modificación hasta muy avanzado el siglo XIX. Y sobre todo, un análisis de este tipo proporcionaría una base sólida para comenzar el estudio en profundidad de nuestro gran siglo olvidado. Pero para iluminar mejor este siglo, quizá convenga también ensayar otros métodos.

Análisis general cuantitativo: El siglo XIX, en efecto, no cuenta ni con suficientes estudios económicos ni con esa cantidad impresionante de valiosas aportaciones sobre la historia política, social, institucional o cultural que facilitan la tarea en otras épocas. Pero si es pobre en obras, es en cambio un siglo extraordinariamente rico en fuentes, sobre todo para la historia económica (estadísticas regionales, generales, sectoriales, diccionarios geográfico-económicos, memorias, censos, etcétera). Esta circunstancia, además de ofrecer la posibilidad de una interpretación nueva y bien fundada del periodo, agrega el atractivo de probar un método ya generalizado en los estudios de historia económica. Los historiadores lo llaman análisis cuantitativo. Su rasgo distintivo es el uso de datos seriados y su mecanismo es el siguiente. Primero: seleccionar algunas "variables" o sectores económicos significativos. Segundo: acumular la mayor cantidad posible de datos seriados y continuos sobre cada una de esas series completas y dilatadas en el tiempo. Tercero: registrar las tendencias y movimientos de cada variable, establecer sus relaciones y determinar el sentido de la tendencia general. Cuarto: integrar el resultado de la investigación en el cuadro económico de la época y proceder a su interpretación.

Un enfoque como éste se antoja útil, necesario y oportuno para el siglo XIX. La selección y estudio de algunas "variables" representativas de su desarrollo demográfico, de la historia agraria, del desarrollo industrial del comercio interior y exterior, de la hacienda pública y de la política económica, proporcionaría en corto tiempo un cuadro sólido de las principales tendencias económicas del periodo.²⁰

¹⁹ Un modelo de este tipo de estudios lo ofrece el excelente libro de W. P. Glade, *The Latin American economies. A study of their institutional evolution*, Nueva York, American Book, 1969; y el también excelente ensayo de Stanley y Barbara Stein, *The colonial heritage of Latin America. Essays on economic dependence in perspective*, próximo a publicarse en la Oxford University Press.

²⁰ En relación con este tipo de análisis véanse los modelos que ofrecen los economistas: Douglas C. North, *Growth and welfare in the American past. A new economic history*, New Jersey, Prentice-Hall, 1966; J. Marczewski, *Introduction à l'histoire quantitative*, Ginebra, Droz, 1965, y los que proponen y aplican los historia-

Un cuadro que propondría, además, problemas concretos para la investigación futura.

Pero tales empresas son generalmente colectivas y requieren de grandes inversiones. De manera que, más que de la voluntad de los historiadores, su realización depende de una "política institucional" que las estimule.

Análisis regional y local: Quien no tiene oportunidad de hacer la síntesis o el análisis general de toda una época le queda como última perspectiva de conjunto intentar la historja económica regional o local. La importancia de este tipo de estudios para la historia general de México la señaló hace poco, de palabra y con obra, Luis González.²¹ Y bastaría mencionar la variedad geográfica del país y el desarrollo desigual de sus regiones para admitir que estos estudios son también capitales para la historia económica. A pesar de ello no hay estudios históricos sobre el desarrollo económico del norte del país, ni sobre el centro, las zonas de tierra caliente o las regiones marginales. Aquí, como en otros casos, la magnitud de nuestra negligencia sólo es comparable a la importancia de lo que nos empeñamos en ignorar.

He ahí, pues, una meta más para la investigación futura: el estudio histórico del desarrollo regional. Un largo camino que se puede acortar si se establece diálogo con geógrafos, antropólogos, economistas, sociólogos e historiadores de la vida parroquial.²²

Naturalmente que junto al estudio regional debe estimularse el estudio del desarrollo económico de pueblos y ciudades, pues así como el análisis regional corrige, apoya y vuelve profundo el análisis general, así también la historia del pueblo más pequeño enriquece y complementa el análisis regional. Metodológicamente el análisis de la unidad más pequeña debería preceder a los demás, pero eso está tan alejado de nuestras posibilidades que deben buscarse fórmulas mixtas que combinen la profundidad en el estudio con el conocimiento de espacios cada vez mayores. Pueblo, región, país, he ahí las metas de este triple enfoque.²³ El carácter alternativo o simultáneo que tienen todos estos enfoques, además de permitir intercambios siempre valiosos de métodos y experiencias, puede ayudar también a delinear una política de investigaciones, tan necesaria en un país donde los recursos humanos y materiales son escasos. Así, en algunos estados puede pensarse en la posibilidad de que mientras una institución coordina el análisis económico regional interdisciplinario, otros investigadores estu-

dores Pierre Vilar, *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia*, Barcelona, Ariel, 1964; P. Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730*, París, Sevpén, 1960; R. Baehrel, *Une croissance: la Basse-Provence rurale (fin du XVI^e siècle-1789)*, París, Sevpén, 1961; y P. Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales*, París, Sevpén, 1962.

²¹ Véase su libro *Pueblo en viño*, México, El Colegio de México, 1968.

²² A un antropólogo, Miguel Othón de Mendizábal, se debe el único estudio histórico sobre desarrollo económico regional que recuerdo: "Evolución del noroeste de México", *Obras completas*, México, 1946, t. III, p. 7-86.

²³ Como modelo de análisis económico cuantitativo aplicado a regiones y pueblos, véanse las obras de P. Goubert, R. Baehrel y P. Vilar, citadas en la nota 20.

dien individualmente el desarrollo de pueblos y ciudades representativos de ciertas condiciones económicas de la región. Sólo a través de la jerarquización de nuestras necesidades y de la cooperación con otros investigadores podremos llegar a conocer, en un plazo corto, lo que por tanto tiempo hemos ignorado.

El análisis sectorial

Señalemos, por último, la conveniencia de estimular un tipo de análisis económico que además de venir en apoyo de los anteriores, combina las cualidades del análisis monográfico con las del análisis general: el análisis por sectores o ramas de la actividad económica. El objeto de este análisis es sólo una porción del todo económico —agricultura, desarrollo industrial, comercio, etcétera—; pero se trata de partes complejas cuya comprensión exige un análisis total de sus diversos elementos. Así, cuando el tema es demasiado vasto, es posible encerrarlo en límites geográficos o temporales y obtener entonces mayor profundidad. Otras veces, si hay ambición y recursos, puede intentarse una empresa más audaz, por ejemplo la historia agraria del periodo independiente, combinando el estudio de las estructuras (propiedad, cultivos, técnicas, trabajo, mercados, etcétera), con el análisis de los movimientos de la coyuntura económica (producción, precios, salarios, ventas, etcétera). En ambos casos, sea que se limite a una época y lugar o que se extienda a varios espacios y tiempos, este análisis permite la aplicación de los métodos cuantitativos más recientes al lado de las técnicas tradicionales. Es decir, es un enfoque que como los anteriores puede adecuarse a las necesidades de cada investigador, y que por otro lado ofrece un sólido apoyo al análisis general. En los países donde más se practica se le concibe como un análisis en profundidad de una parte del hecho económico que enriquece la comprensión de hechos no económicos. Aquí, como en otros casos, el problema de pasar de lo económico a lo social y de ahí a otras realidades no es, nunca ha sido, un problema de método: depende de la concepción que cada investigador tiene del mundo y de su oficio.

Veamos, pues, muy rápidamente, algunos sectores de nuestra historia económica que podrían beneficiarse con este enfoque.

Geografía económica: Se ha dicho que la historia de México no se entiende sin el estudio de su geografía; que el destino de sus habitantes lo ha dictado una geografía complicada y hostil. Pero la geografía que por costumbre hemos estudiado no es la que se mueve con el hombre y le impone desafíos y servidumbres *históricas*: es una geografía detenida en el espacio, sin horizontes temporales. Y lo que necesitamos es justamente una geografía dinámica; una geografía que registre tanto los cambios naturales como los procesos que se inician cuando el hombre traba contacto con su medio natural.

Un ejemplo puede aclarar lo que quiero decir. Los geógrafos nos dicen que en este país hay tres grandes regiones naturales: 1) la región de las tierras secas extratropicales (el norte); 2) la región de las altas tierras tropicales (el altiplano);

y 3) la región de las tierras tropicales bajas y calientes. Sobre las tres hay valiosos estudios que explican su composición, desarrollo, flora, fauna, variaciones, características, etcétera. Todo, menos la historia de ese mundo en su relación con el hombre. Por su lado, los historiadores saben que de esas regiones sólo el altiplano ha sido centro de poblamiento estable desde hace miles de años; lugar de equilibrio entre el medio natural y las necesidades humanas, aunque en repetidas ocasiones ese equilibrio haya peligrado. En el norte no hubo esa adecuación y sólo cuando llegaron otros hombres con instrumentos y mentalidad diferente a la de los primitivos pobladores pudo romperse el límite natural que impedía penetrar la región. Por último, las tierras bajas y calientes, aunque pobladas intermitentemente desde la época prehispánica, son una conquista de nuestro tiempo, de la nueva tecnología y de un Estado con capacidad económica para hacer grandes inversiones en obras de infraestructura.

Es decir, en cada una de esas tres regiones ha habido una relación diferente entre el hombre y su ambiente, una historia cuyos avances, estancamientos y retrocesos no conocemos. Las huellas de esa relación entre el hombre y la naturaleza esperan al historiador que las reconstruya y exprese su dinámica: están en el paisaje mismo, en el nombre dado a la tierra y a los pueblos, en archivos y bibliotecas. Su estudio requiere el contacto con otros especialistas y la experimentación de nuevos métodos y técnicas.

Demografía histórica: Por razones diversas —apego a las fuentes tradicionales, ignorancia de los métodos cuantitativos, etcétera—, la demografía histórica que se practicaba en nuestro medio se había reducido a indagar el número total de habitantes que tuvo el país en diversas épocas, acudiendo en todos los casos a fuentes y cifras aisladas que no daban idea del movimiento de la población. Esta predilección por la imagen fotográfica cambió un poco cuando comenzaron a publicarse los estudios de la llamada “escuela de Berkeley”. Se dieron a conocer entonces nuevas cifras sobre la población indígena, nuevas fuentes y métodos, nuevas explicaciones de las causas que provocaron la catástrofe que abatió al mundo indígena. Con todo, persistió una constante que había obsesionado a los viejos investigadores: el interés por determinar el número de pobladores que había inmediatamente antes y después de la llegada de los españoles. O sea que, si exceptuamos unos pocos trabajos, la mayoría de las nuevas aportaciones siguen dominadas por la maldición del padre Las Casas: su problema es dilucidar si fue mayor o menor el derrumbe demográfico después de la conquista. Esa obsesión explica la abundancia de estos trabajos en el siglo XVI, y su pobreza exasperante en el resto de la colonia y en todo el periodo independiente.

Sin embargo, desde hace poco se gesta una revolución que conviene precipitar: el estudio cuantitativo del movimiento y las estructuras demográficas basado en la explotación de los archivos o registros parroquiales. En Europa, este análisis ha revolucionado los estudios demográficos porque a través del recuento y examen secular de bautismos, defunciones y casamientos reconstruye el movimiento y las principales tendencias demográficas de una época; y porque a través del lla-

mado método de “reconstrucción de familias” penetra también en la estructura demográfica de las sociedades antiguas: fecundidad, mortalidad (infantil y juvenil), crisis demográficas, pirámide de edades, proporción entre los sexos, población activa, etcétera.²⁴ Apoyado en estos datos y métodos, el análisis demográfico se ha convertido en un instrumento esencial de la historia económica. Como resultado de otros factores —clima, epidemias, crisis agrícolas— o como factor de crecimiento o de parálisis económica, la “variable demográfica” es hoy imprescindible en todo estudio de historia económica, social o política.

Aplicar a la historia de México esos métodos y técnicas es sólo cuestión de tiempo y, mejor dicho, de apoyo institucional. Los archivos mejor conservados, los parroquiales, esperan a los investigadores. Algunos guardan libros de bautismos, defunciones y casamientos fechados desde 1550. La mayoría se prolongan hasta fines del siglo pasado, y en algunos pueblos apartados llegan hasta 1960. Esa magnitud obliga a pensar en la selección de pueblos representativos de ciertas regiones, para obtener pronto un “muestreo” de diversos desarrollos demográficos.²⁵

Historia agraria: Quien recuerde algunos estudios clásicos sobre este tema, como el de Chevalier por ejemplo, pensará que este sector es de los más conocidos de nuestra historia. Grave error: ignoramos quizá demasiado de él. ¡Y se trata del sector que por más tiempo ha señoreado la historia económica y social de este país!

País de grandes haciendas y de latifundistas, de indios sin tierra y peones endeudados, de tierra avara y cosechas “aventuradas a la voluntad del cielo”; país sacudido por interminables luchas agrarias... Y bien, todavía no hemos hecho la historia de esas haciendas dominadoras del campo y la ciudad: cerealeras, ganaderas, pulqueras, azucareras. Conocemos algunos de sus rasgos generales, no su historia interna: ¿Qué producían y para qué mercados? ¿Qué técnicas y sistemas agrícolas aplicaban? ¿Cuál era su organización interna? ¿Cuáles eran sus ganancias y su destino? ¿Cuál fue su función social en la historia rural? ¿Qué cambios experimentó desde su nacimiento en la época colonial hasta su muerte con la reforma agraria? ¿Qué importancia económica tuvo en el siglo XIX? ¿Cuál fue su influencia en la vida social y política de ese periodo? Todo eso y más desconocemos de la hacienda. ¿Y qué se puede decir acerca de la historia agraria de las comunidades indígenas, de las luchas y explosiones campesinas?

La historia de nuestro campo está todavía por hacerse. Cada nuevo estudio ofrece una sorpresa.

Industrias y artesanías: Una sola monografía, la de R. C. West sobre el real de minas de Parral, aunque excelente, no basta para formarse una idea de la princi-

²⁴ Sobre los métodos y aportaciones de este análisis véase el libro de P. Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis*, ya citado; también D. V. Glass y D. E. C. Eversley, *Population in history*, Londres, 1965; M. Fleury y L. Henry, *Nouveau manuel de dépouillement et d'exploitation de l'état civil ancien*, París, 1965; L. Henry, *Anciennes familles genevoises*, París, 1956.

²⁵ Se han hecho estudios, sin publicarse aún los resultados, en Acatzingo y Cholula (Puebla), sobre los registros de la época colonial.

pal industria de la época colonial. Tampoco es reconfortante señalar que las páginas que Humboldt dedicó a la minería hace más de siglo y medio se mantienen como la mejor visión de conjunto sobre el tema. Es pues imprescindible investigar los principales centros mineros (Zacatecas, Álamos, Chihuahua, Guanajuato, San Luis Potosí, Taxco, etcétera), para precisar las alzas y bajas de la producción minera y evaluar la importancia de esa actividad en el desarrollo económico y social de la colonia. Por otro lado, las aportaciones recientes de D. A. Brading sobre la minería del siglo XVIII muestran la conveniencia de combinar el estudio cuantitativo de la producción con el estudio de los hombres que desarrollaron esa actividad. Por ese camino la historia económica pasa a ser lo que siempre debe ser: historia social. Y hasta la fecha sabemos poco de los mineros, de los propietarios y de los trabajadores, de la vida de las minas y de su importancia social y política en el norte donde prosperaron.

En el siglo XIX, mientras la mayoría de las minas se encontraban anegadas y destruidas, la minería atrajo los primeros capitales extranjeros y fue tema de graves reflexiones para hombres de Estado que vacilaban entre revigorizarla o impulsar otras actividades. Pero ni los capitales extranjeros ni el interés de algunos mexicanos pudieron reanimarla. Su postración produjo la ruina y el despoblamiento vertiginoso de ciudades antes prósperas, la desaparición de numerosos pueblos y un futuro oscuro para muchas regiones del país... Pero de esta historia triste sabemos poco.

El estudio de las industrias y artesanías textiles ha tenido mejor suerte, pero hacen falta monografías que nos aproximen a su funcionamiento y vida interna, a la historia de su producción. Por otra parte, los grandes centros fabriles e industriales del siglo XIX (Orizaba-Río Blanco, Puebla, Monterrey, Jalapa, etcétera) todavía esperan su historiador. Algunos, como Orizaba-Río Blanco, son representativos de las grandes transformaciones que sacuden ese siglo: su historia es la historia de los primeros centros fabriles, de la introducción de la tecnología más moderna, de la formación de un proletariado, de las primeras huelgas con reivindicaciones sociales y políticas...

Comercio interior y exterior: El comercio interno ha sido un tema francamente menospreciado por los historiadores de la época colonial y apenas estudiado por los que se ocupan del siglo XIX. Sin embargo, detrás del estudio de ese comercio, de las alcabalas, aduanas, ferias, caminos y transportes está la clave para comprender una característica fundamental de la estructura de esas sociedades: la reducida extensión de sus mercados. Influyeron en la formación de esa estructura, todavía no sabemos exactamente cómo ni en qué proporción, los accidentes de la geografía, el autoconsumo y el casi nulo poder de compra de la gran masa indígena, la política proteccionista y elitista del imperio español, la situación colonial, el desarrollo de intereses monopólicos locales... Todo ello limitó el desarrollo posterior del país: opuso un freno al crecimiento del periodo porfirista y sigue siendo hoy uno de los grandes problemas nacionales. Los archivos de las oficinas que forjaron esas limitaciones (aduanas, peajes, alcabalas) contienen

una impresionante documentación que puede manejarse cuantitativamente para fijar el volumen de la circulación comercial a escala citadina, provincial y nacional. Es un material virgen.²⁶

En cambio, el comercio exterior ha sido un tema bastante frecuentado por los historiadores, especialmente por los extranjeros. Sin embargo, todavía hay que completar la larga serie reconstruida por Huguette y Pierre Chaunu, sobre todo en la parte relativa al siglo XVIII, para unirla a las series de minería y precios agrícolas y comprender mejor el crecimiento de fines de la colonia. Por otro lado, todavía no se responde una pregunta fundamental tanto para la colonia como para el siglo XIX: ¿Cuál fue la influencia real del sector externo en la economía del país? ¿Qué actividades y qué regiones fueron estimuladas o vieron limitarse su desarrollo como consecuencia de la demanda externa? ¿Cómo afectó al desarrollo general del país? ¿Qué estructuras internas determinaron que las relaciones con el exterior se establecieran de una manera y no de otra?

Hacienda pública y política económica: Una constante de los estudios de historia económica ha sido su interés en el desarrollo y los problemas del sector privado. En cambio, se ha ignorado la organización económica y administrativa del Estado y su participación como promotor o regulador del crecimiento económico. Un tema del que se habla mucho hoy día pero del que se desconoce su historia.

No fue hasta hace poco cuando un pequeño y excelente estudio de Andrés Lira vino a revelarnos la estructura de la Real Hacienda a fines del periodo colonial. En un apéndice, el autor mostró también la posibilidad de cuantificar el ingreso y el gasto público utilizando fuentes impresas. Los archivos españoles contienen el material suficiente para convertir esa posibilidad en realidad. ¿Y qué decir del riquísimo material existente para el siglo XIX? Las fuentes de la época son tan abundantes que la investigación se puede hacer a escala estatal y nacional. Y quizá por este camino se aclaren, además de otras cosas, muchas de las interrogantes que rodean la disputa entre centralistas y federalistas.

Queda además abierta la posibilidad de estudiar la intervención del Estado en la actividad económica a través de fuentes cualitativas: decretos, leyes, reales cédulas, códigos, etcétera, lo cual llevaría, finalmente, a comparar la legislación o las intenciones con la realidad.

Grupos económicos, clases sociales y participación política: Dejé para el final la consideración de esta trilogía no porque deba tratarse como un sector o una parcela más de la historia, sino porque creo que debe estar presente en todo estudio de historia económica. Nada impide transitar de los hechos económicos bien establecidos a los hombres que padecen y promueven la actividad económica; y si desde esta ventana observamos lo que impulsa y anima a esos hombres,

²⁶ Para el tratamiento de este material y la posibilidad de aplicarle métodos cuantitativos véase Óscar Altimir, Ezequiel Gallo, Nicolás Sánchez Albornoz y Horacio Santamaría, "Las relaciones económicas interregionales. Metodología para su estudio en el virreinato de Río de la Plata", *Moneda y Crédito*, n. 99, Madrid, diciembre de 1966, p. 67-89.

sus esperanzas y sus ideas, sus intereses y sus pasiones, entonces estaremos haciendo historia a secas, historia del hombre entero. Esa aspiración, para muchos una utopía, puede satisfacerla el historiador que por preferencias metodológicas se especializa o parte de los hechos económicos.

Hay muchos estudios y materiales que apoyan ese enfoque que va de lo económico a lo sociopolítico. Sólo hace falta la concepción que guíe el proceso de integración. Las alzas y bajas de la actividad económica, sus crisis y contracciones, no son fenómenos que ocurren en el aire: afectan a empresarios, comerciantes, mineros, agricultores y compradores, a hombres concretos. ¿Por qué no observamos entonces las reacciones que cada uno de esos grupos adopta ante los hechos económicos? Como todos sabemos, esas reacciones sobrepasan siempre la esfera de la actividad económica.

Los hombres que forman grupos económicos poderosos son fáciles de conocer. Un historiador interesado, por ejemplo, en el crecimiento económico de fines del periodo colonial podría integrar rápidamente una lista de los principales mineros, comerciantes y agricultores que se beneficiaron con el auge. Podría también hacer un cuadro de sus intereses económicos y ver en qué sector de la actividad económica se reparten. Finalmente podría hacer un cuadro de sus relaciones familiares y sociales, y así poder establecer las relaciones entre intereses económicos, familiares y grupos sociales. Los acontecimientos políticos que se inician en 1808 y concluyen en 1821 le darían por último la oportunidad de estudiar la conducta y las decisiones políticas de esos grupos ante el proceso revolucionario. El resultado sería un estudio de historia social y política asentada en datos económicos.

Un estudio que combinara estos enfoques parece útil para el siglo XIX. Seguramente podría dirimir muchas interrogantes sobre las luchas políticas y sociales entre conservadores y liberales.

En fin, el estudio económico, familiar, genealógico y social de los poderosos es siempre posible. Aparecen en todos lados y su relieve o su exhibicionismo los hacen presa fácil del historiador. Más difícil es precisar la situación económica, social o política de ese todo indiferenciado que llamamos pueblo, plebe, masa, campesinos, proletariado... Y sin embargo es indispensable que el historiador procure diferenciar hasta donde es posible los diversos contenidos y estructuras de un movimiento popular. Decir "rebeliones campesinas" sin precisar si se trata de indígenas desposeídos de sus tierras o de pequeños propietarios es confundir, no hacer historia. Es ignorar que una determinada situación económica produce un tipo de reivindicaciones sociales y cierta praxis o conducta política. Parece a veces que son diferencias de matiz, pero son esenciales para comprender el sentido profundo de un movimiento popular. La revolución zapatista no se explica como movimiento campesino así a secas, sino como un movimiento de comunidades indígenas campesinas, según lo percibió Chevalier y lo demostró Womack. Aquí, como en muchos de los ejemplos anteriores, la relación entre historia económica y social se revela indispensable, necesaria. □